

Todo comenzó con un despiste

SI HACEMOS CASO AL MITO, la condición humana es resultado de un despiste.

Lo detalla Platón en su *Protágoras* (321d): Epimeteo, hijo del titán Japeto y de la oceánide Clímenes, Epimeteo, el que ve después, Epimeteo, el que se da cuenta de las cosas *demasiado tarde*, distribuye los dones a los seres mortales. Da alas a las aves, proporciona veneno a las serpientes, piel a los osos, pero *olvida* entregar un don específico a los humanos justo en el momento de nuestra creación. El ser humano nace blando, frágil, rosa y mortal. El titán estaba pensando en otra cosa. ¡Epimeteo se distrajo un instante antes de nuestro origen, se *despistó!* ¿En qué estabas pensando, Epimeteo? ¿Dónde tenías la cabeza? No te preocupes, para corregir el entuerto tu hermano Prometeo robará el «fuego» a los dioses.

¿Qué nombre exacto debemos dar a ese fuego? ¿Inteligencia? ¿Logos? ¿Word?

¿Cómo se llamaba la isla flotante de Jonathan Swift, ese territorio aéreo habitado por matemáticos despistados y astrónomos en las nubes?

La etimología de los dos hijos del titán Japeto es extraordinariamente gráfica: Epi-meteo significa *el que calcula tarde, el que pasa por encima de la prudencia: epi* (sobre), *mitis* (sabiduría). El prefijo de Pro-meteo (pro-) significa antes. *Epimetheas* es el que calcula tarde. *Promitheas* es el que calcula con previsión. En el juego de desdoblamiento propio del pensamiento

griego antiguo, dos hermanos representan la dualidad y a la vez la completitud del Ser.

¿De nuestro ser?

Epimeteo ve a deshora (en alemán se dice *nach-denken*), se da cuenta tarde. Se olvida de dar un don a los humanos. Prometeo, en cambio, es previsor. Robará el fuego con el que fabricaremos una nave espacial, una bomba, un hospital, una «nube»: modelo de almacenamiento de datos a través de una red de computadoras. *Cloud storage*.

Aquí pienso en Epimeteo. Me interesa quien ve a deshora. Se parece más a nosotros, al menos se parece más a mí: el despistado.

El despistado: ¿qué se puede perder? *Papeles de Recienvenido*

Hoy me he vuelto a olvidar en casa las llaves del despacho. Cada vez que me ocurre tengo que pedir una llave de repuesto que el secretario del departamento me entrega con sonrisa indulgente. Esa misma actitud adoptan mis compañeros cuando me devuelven un libro que me he dejado en la mesa durante el almuerzo, una «memoria USB» insertada en el ordenador del aula, unos papeles importantes que me comprometí a leer. Hace tiempo que no encuentro mis gafas de ver. Ya no busco mi agenda perdida ni mi cartera de piel. Dicen que hay que escribir sobre lo que se conoce, pero a pesar de que el despiste me acompaña desde niño, no sé bien lo que es.

¿Qué es el despiste?

Leo en los *Papeles de Recienvenido* (1929), el incalificable texto del enigmático escritor argentino Macedonio Fernández, lo siguiente: «desde que dejé olvidado mi perro, colgado en una percha del vestíbulo o metido en el paragüero de una casa que visitaba, decidí reemplazarlo por una omatocom-

pañía más inseparable, pues personas de mucho éxito en la retención de sus varitas garantizaríanme no recordar caso alguno de olvido de bastón».

¿Es posible que un titán hecho y derecho como Epimeteo olvide dar un don a los humanos en el preciso instante de nuestra creación y que al personaje de Macedonio Fernández le garanticen que nunca olvidará un bastón?

Olvidarse del bastón

En *El hacedor de silencio*, al personaje de Antonio di Benedetto, un tranvía *le arrima a un arrabal impreciso* y pierde el bastón *en cualquier parte*¹. Los despistados somos personas inseguras y asustadizas porque nos han enseñado que todo se puede perder. También un bastón. Es decir, podemos perder un punto de apoyo, la más íntima de las certezas, hasta la más firme convicción.

Debe haber una historia oculta de descuidos, una historia de despistes, empujones a arrabales, individuos atónitos y pérdidas del centro de gravedad. Debe haber una larga serie de atolondramientos y olvidos-olvidados (sé por ese tipo de reflexiones levantadas sobre la experiencia que no es posible saber lo que hemos olvidado definitivamente). Ahí fuera hay una historia digna de ser revelada. Una historia que no solo me interesa a mí.

Concéntrate, Jesús.

Suelo dejar las cosas olvidadas en el techo de mi coche, así he perdido varios teléfonos móviles, muchos libros, carpetas, dos carteras, una máquina de fotografiar con la que había recorrido media Europa, ¿quién la encontraría?, ¿llegaron a ser reveladas las fotos que contenía?, ¿salieron bien? Hay una paradójica melancolía en el hecho de encontrar una cosa perdida cuando ya no la echábamos de menos. ¿Saben que una

vez perdí un automóvil? No lo encontré jamás. Escondidas por todo el planeta las ciudades mantienen con fondos públicos oficinas de objetos perdidos. La semana pasada descubrí *Foundspot*, la primera plataforma virtual colaborativa que ayuda a encontrar las cosas olvidadas. Una iniciativa privada. *Foundspot* actúa en todo el globo terrestre. En *El malentendido*, la trágica obra de Albert Camus, la madre y la hermana de Jan lo asesinan tal como tienen por costumbre hacer con los huéspedes de su posada. No han reconocido a su propio hijo. No han reparado en él. En *América*, la novela inconclusa de Franz Kafka, el joven Rossman extravía su maleta y su paraguas nada más llegar a Nueva York.

Leo en *La Vanguardia* que el 47% de las personas tiene la cabeza en «otra parte».

La cabeza en otra parte

La mitad de la gente tiene ahora mismo la cabeza en otra parte. ¡Están divagando! Leo que el cerebro no para de funcionar y que –aunque parezca lo contrario– consume la misma cantidad de energía estando activo que cuando se supone que está descansando: «cuando nos concentramos, las células nerviosas consumen muy poco más de lo habitual, en cambio, cuando soñamos despiertos, cuando pensamos que nuestra mente está en blanco, cuando nos abstraemos del exterior y estamos relajados se ha comprobado que la mente se vuelve mucho más activa»².

Busco en *The Harvard Review* y en *Science* el artículo original de Matthew A. Killingsworth y Daniel T. Gilbert, aquel que afirma que casi la mitad de las personas están ahora mismo «en otra parte». Al parecer, pasamos casi la mitad del tiempo de nuestras vidas pensando en algo distinto de lo que estamos haciendo pero «una mente humana es una mente

errante, y una mente errante es una mente infeliz» (*A Wandering Mind is an Unhappy Mind*)³. De acuerdo con estos jóvenes neurocientíficos, dedicamos más energía a los proyectos futuros y a las variaciones imaginativas sobre el pasado que a los hechos más tangibles y a los productos terminados y eso me recuerda un pasaje de un libro de Walter Benjamin cuyo título –un tanto equívoco– parece un antídoto frente al despiste. En el párrafo dedicado al «Reloj regulador» contenido en *Dirección única* (*Einbahnstraße*), Benjamin dice que para los grandes hombres las obras concluidas tienen «menos peso» que aquellos fragmentos en los que trabajan toda su vida y luego alude a la asidua laboriosidad de ese taller, cuyo círculo mágico, él delimita en el fragmento.

Que la mitad de las personas del mundo tenga la cabeza en «otra parte», que la laboriosidad imaginativa sea tan constante, tan activa y que ese divagar mental las haga infelices es algo que me conmueve y a la vez hace la cuestión del despiste más interesante para mí, al resultar ajeno, tal como lo veo, al embellecimiento con tintes románticos y, en particular, a algunas tendencias emotivas muy actuales en las que no resulta posible dejar de ver desagradables excesos del nuevo imperio de los sentimientos y de la positividad *kitsch*. La lectura del artículo sobre el despiste en *Science* acaba de alentar, por así decir, esa fuerte pero contradictoria mescolanza de recelo, extrañeza y fraternidad laica que casi siempre he albergado en relación con mi especie y que me empuja ahora mismo en una dirección (una dirección *no única* sino de infinitas bifurcaciones) que tiene que ver con la escritura de un ensayo original, un ensayo que, acudiendo al arte y al suspiro, integre y apure, infunda y complete una idea literaria (y por tanto universal) de nuestra condición despistada en tanto que condición terminal.

Nuestra condición despistada como condición universal

Es posible que resulte demasiado ambiciosa mi intención de completar el cuadro del despiste neurocientífico con los colores de la literatura, la filosofía y el arte porque hasta donde alcanzo es algo que nadie ha hecho con anterioridad. Por otro lado, desde pequeño me gusta la expresión «tener un aire despistado» y creo que cuento con algún auxilio de mi propia introspección. El despistado no solo vaga con la mente y pierde cosas. En sentido amplio, la condición despistada incluye a los que como el titán Epimeteo se dan cuenta de las cosas *demasiado tarde*, a los confusos, a los amnésicos, a los que abandonan el teléfono móvil en el techo del automóvil, a los desorientados, a los que andan en una posmodernidad sin horizonte, a los sonámbulos, a los derrotados por el zapping (el desasosiego distraído y la falta de paradero –*Aufenthaltslosigkeit*– de Heidegger), a los embelesados, a los que nos saben qué ver en Netflix, a los atónitos, a los que se dejan las llaves de casa puestas, a aquellos aislados en una pasajera pero intensa perplejidad, a los perdidos en un lapso intempestivo o a aquellos que sin moverse han conseguido evadirse: estar «en otra parte». Despistados también caminan los emigrantes africanos por Europa como caminaron los *homeless* en los orígenes del capitalismo, campesinos desposeídos, seres literalmente en la inopia, estancieros desubicados en medio del nuevo solar fabril.

De *Memento* (Cristopher Nolan), *The Caretaker* y la amnesia anterógrada según Mark Fisher

Si una idea vertebró la crítica cultural de Mark Fisher, esta fue la idea de pérdida. En *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos* señaló que «bajo las condiciones de la memoria digital, es la pérdida misma la que